Algo de prosa

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET

1909

ALGO DE PROSA

EPIFANIO DE LOS SANTOS CRISTÓBAL

Algo de prosa

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
1909

TIRADA DE TREINTA EJEMPLARES

ÍNDICE

	Págs.
Anteportada	1
Portada	3
Nota sobre la tirada	4
Dedicatoria	5
En el río	7
Quod erat demonstrandum	11
Nolite tangere Christos meos	17
Roque Becerrito	25
Los huéspedes	33
Jira campestre	37
El chicuelo	45
Á uña de caballo	57
De una novela en preparación	65
Índice	71
Colofón	72

Á MIS MÁS ÍNTIMOS

La prueba de que no es la vanidad la que me ha movido á reunir en un volumen algunos de los trabajitos literarios de mi primera época de escritor, la tenéis en el hecho de que la edición no pasa de *treinta ejemplares*. ¿Qué mejor demostración de que no tengo interés en divulgar de nuevo estos artículos, y digo *de nuevo* porque todos ellos fueron publicados diez años há, como sabéis, en diferentes periódicos? Por cierto que al agavillarlos he sentido viva comezón de darles una buena mano de lima; pero á la postre he optado por no tocarlos apenas: hallo no sé qué secreto hechizo en ciertas incorrecciones, acaso el hechizo de que evocan tiempos de lucha y de incertidumbre...

No ya por lo que tiene este libro de confidencial, sino porque tal vez sea lo último que publique de carácter meramente literario, os lo mando á vosotros, mis más íntimos, con el ruego de que lo recibáis como débil prenda del cariño que os profesa

EPIFANIO.

Malolos (Bulacán, I. F.); Enero de 1909.

EN EL RÍO

(PAISAJE)

Hacia el corazón de una de las provincias del Norte hay un pueblo denominado Kabli, bien metido y encajonado en medio de extensas campiñas palayeras.

En este pueblo suelen sus jóvenes, de higos á brevas concertarse para un baño en el cristalino río que circunda la población y riega sus campos.

Uno de estos días, si el que escribe estas líneas no anda trascordado, fué el 24 de Noviembre, de tardío trasplante para aquellos lugares.

Es de advertir con todo que el baño en comandita era siempre pretexto para un buen regodeo estomacal.

La mañana de ese día era fresquísima.

Riente aurora la alegraba.

La pandilla de bañistas, para llegar al río, tenía que sortear serpeantes ribazos, á fin de no hollar extensos tramos palayeros abundantes en grano.

Á la pandilla precedían los criados y sirvientes cargados de lechoncillos, pollos, sábalos y corvinas en *daing* y demás condumios, y utensilios de cocer y freir.

Los muchachos, con casquetes de juncias con hojas de salvia dentro, estaban aviados para defenderse del sol, caso de que luego calentase mucho.

Las muchachas, con el tapis y algunas ramas de árboles

tenían lo bastante para que ellas tampoco le cobrasen miedo.

Así iban muy alegres por el encarrizado camino que daba al río.

Su algazara y bullanguería espantaban á los gorriones y perdices que se entretenían en desgranar espigas de palay, ahuyentando de rechazo al arremolachado bacao y al ligero ticlín que asomaba su largo pico por entre las matas de hierbas que crecían tan altas como los cogonales de que estaban sembrados los ribazos.

Alguno que otro renacuajo, desnudo de cintura á pies, que hostigaba las caraballas con gritos y pedradas, interrumpía de cuando en cuando la bulliciosa alegría de los jóvenes. Pero luego se reanudaba, volviendo á animarse hasta el lugar de cita.

Desde luego no se bañaban juntos los jóvenes: cada sexo, como en las iglesias, tenía su lugar correspondiente.

El que ocupaban las niñas, envidiable.

Las cañas y camatsiles situados en las márgenes del río forman encañonado espeso ó cubierta con sus ramas, de tal manera que los rayos del sol no llegan á girar visita por allí.

El lecho del río, arenoso.

Las muchachas, con las basquiñas muy cerca del cuello, se zambullen y nadan como peces. Cansadas de bracear y patalear sobre las aguas, entreabren sus boquitas semejando peces muy lindos en inmensa pecera esperando migajas de pan. Cuando se ponen á flor de agua con los cabellos flotantes y la sacuden con los pies y las manos á guisa de remo, el agua se levanta en partículas como grupo de surtidores, formando cada partícula al caer sobre la superficie ondulantes anillos que se persiguen y se desvanecen. Chillan que es un gusto y lanzan al aire notas tan argentinas, que son la perdición del infeliz que se deja cautivar por aquellas melodías de sirena.

De seguro que Ulises se hubiera perdido por allí.

El lugar correspondiente á los jóvenes, desmantelado, de muy poca sombra.

Sin embargo, hallaron medio de encontrarla. Plantaron unas estacas y sobre ellas extendieron mantas y ropas. Y así tuvieron un toldo bajo el cual cobijarse.

Se animaban por quién de ellos describía mayor curva en el aire saltando del margen al agua en posición de sentarse sobre el suelo, y en esta postura caer bruscamente sobre el río. Y así, por turno, ó bien todos á una, saltaban sobre el agua, que hervía en espumarajos como impetuosa corriente despedazada entre rocas rebotando en goterones de á puño tres ó cuatro metros sobre su nivel.

Después del baño, que suele durar tres ó cuatro horas, sigue el almuerzo, algo fuertecillo.

La particularidad del almuerzo es el plato del día, un lechón reluciente, chorreando manteca, que despide tufo sabrosísimo. Por eso, antes de ser descuartizado, ya le quitan al pobre animal el rabo, las patas y las orejas, mojándolas en salsa agridulce. Su principal aperitivo es el áureo *basi*, zumo de cañamiel fermentado y coloreado con pepitas del *bilunga*, que le da sabor de jerez añejo.

. . . . . .

Concluído el almuerzo, los bañistas se retiran enfilándose por un ribazo estrecho por donde es preciso pasar poniéndose uno en pos de otro hasta llegar á la llanura.

Como está muy entrado el día, el ambiente es caliginoso.

El viento apenas refresca.

Pero la animación de la comparsa lo suple todo.

Unidos nuevamente los jóvenes de ambos sexos, el resultado es de esperar: las zalemas y los piropos se suceden á cada paso.

—Morena, ese pedazo de Dios está pidiendo que se lo coman: mejor no lo he visto en mi vida.

—¿Á usted que le importa, señor curioso, si no es para usted?

—Me importa un mundo, y aunque no es para mí, creo que hago bien en ponderarlo. ¿Verdad, salada de Dios, reina de...?

El chico no pudo concluir, porque ella le lanzó con los labios, con tan buen tino, la corteza de guayaba que mondaba con los dientes, que le acertó en un ojo, el cual húbole de guiñar durante mucho rato; y así, guiña que guiña, estuvo hasta la tarde.

—¡Qué picarilla es la muchacha!

—Me parece que hubiera sido mejor saltarle.

—No seas mal pensado.

—Pero, niña de mi alma, ¿hasta cuándo me harás esperar?

—Esperarás hasta cuando me dé la gana, ¿sabes?...

—Mira la que está al lado de Fulanita, guapísima con aquellos hoyuelos.

—¡Qué risa con ese hombre!...

—Avisa á mamá.

—¿Ves?...

—Adiós...

Desde la llanura se veían dos bancas de pescadores. Se dirigían á los chinchorros, donde pararon, metiéndose en sus garitas.

Uno de los pescadores armó la atarraya y la lanzó al agua. La atarraya se sumergió por la bordada de perdigones y plomos. Breve rato después la recogió repletísima de bagres y lisas que brincaban luchando por la libertad.

El pescador, uno por uno, los fué asegurando en su cesta.

De la llanura se metieron en una callejuela, pasando por un bosquejo de salvias y alteas, hasta dar con el camino que conducía al interior de la población, donde desfilaron, retirándose cada cual á su respectivo olivo.

QUOD ERAT DEMONSTRANDUM

—De fijo que habrá usted visto á Fulanito tocar la vihuela. Es una notabilidad ese chico, sobre todo cuando se arranca con unas peteneras que son la pura gloria. Zutano, no se pudo contener, cogió sonora pandereta y acompañó al otro á maravilla. Con chicos así, no se nos daría un ardite de las desgracias de la madre patria.

—Cada uno tiene sus opiniones. Á mí me parece menos vituperable holgarse de esa manera en privado, que darse á los vientos de la publicidad, no por satisfacción pueril é inocente, sino para hacer un papel ridículo, que consiste en adiestrarse por todos los medios y modos de llegar á ser un consumado mico, remedando á los otros y poniéndose sin querer en caricatura. Comprendo que el abatimiento y la humillación hagan posibles ciertas locuras, pues como ha dicho un poeta, no hay mayor cuita que

...membrarse del placer
en el tiempo del dolor.

Pero de condolerse ó consolarse de algún modo, á cifrar la ventura en rivalizar con el mono, eso no se le ocurre ni al diablo. ¡Cuántos sudores y angustias pasarían estos infelices para escribir una futesa, una tontería, un *ridiculus mus!*

—Por algo es Don Quijote, y por consiguiente nuestro bisabuelo, espejo clarísimo de nuestras andanzas.

—Lo que acabo de decir, nada tiene que ver con Don Quijote ni con sus locuras. Si algo heredaron de él, por lo visto será el que tengan hoy requesones por sesos, que se derriten al calor del sol ó al calor de la idea.

—Sí, son unos desgraciados degenerados de la especie humana que no saben lo que se hacen. Hay que compadecerles: ¡pobrecitos, quizás tengan buena voluntad!

—Lo mismo digo yo.

—Á propósito. ¿Ha sabido usted la mano de palizas que nuestros compañeros y amigos propinaron á un indígena indefenso, á quien tomaron por revolucionario, la noche del día... Cargaron de tal manera sobre él, que por poco le matan.

—¡Ah, ni la desgracia tiene virtud bastante para hacernos entrar en razón! Es tan cierto que la desventura hace mejores á los hombres, que aun los más criminales habituados al crimen suelen corregirse, siendo para ellos golpe de gracia el revés de fortuna que como gota de acíbar la Providencia va depositando en el fondo de la copa humana. Pero en nosotros, en vez de servirnos de saludable aviso los reveses múltiples de la madre España y de experiencia provechosa las horribles angustias que sufrimos por nuestra ligereza é imprudencia locas, todavía nos sirve de aguijón para adelantar en la perversidad y ejecutarla con todo el lujo de pormenores y refinamientos que lleva consigo un estudio progresivo y concienzudo del crimen. Lejos de tener remordimientos, la conciencia se nos embota, y miramos los males, no solamente con la indiferencia del idiota ó del imbécil, sino gozándonos en ser sus causantes, porque el hábito nos ha trastornado por completo el paladar; y así, por anomalía bien extraña, en lugar de huir de ellos y mirarlos con repugnancia, los buscamos con fruición, sabiéndonos á manjar exquisito, acaso todavía perfumado con el agreste tomillo de nuestras tierras...

—No siga usted. Eso es historia muy triste. Por tanto,

para que no nos pongamos tristones, que hace mal, seamos un poco más egoístas y consideremos nuestros pecados como excelencias nuestras, forjándonos la ilusión de que solamente estamos encantados y de que todo es cosa de encantamiento, obra de la envidia de nuestros poderosos enemigos. Por donde hay que decir que sólo en virtud de sus malas artes, la que es una ascua de oro, mazorca de perlas, cual es la más bella de las princesas, nuestra Dulcinea, la madre España, aparece hoy desfiguradísima, como una sucia labradora, despidiendo olor que no tiene nada de suave y aromático, cuando por todos es sabido que suele andar entre ámbares y entre flores.

—Siempre lo mismo, siempre lo mismo; hombres caídos de las nubes. ¿Cuándo dejaremos de ser la burla del mundo entero? Tienen razón al echarnos en cara que somos sordos á las voces de la experiencia, palabra muerta para nosotros. De aquí que digan que una derrota sea el preludio de otra derrota, y ésta de otra peor; y así, de derrota en derrota, hemos llegado por obra y gracia nuestra á la más execrable y vergonzosa de todas; porque nos hemos creído seguros, porque nos hemos creído valientes y porque nos hemos creído invencibles. Con todo, siendo en realidad los más atrasados, nos creemos lo mejorcito del orbe, y nuestra pobre España el compendio, resumen, cifra de las naciones más florecientes: España es todo. En España está la civilización entera con cuanto hay de admirable y encantador, compendiándola por más hermosa y maravillosa manera que ninguna otra nación de Europa; como que es el alto directorio, columna de fuego que va guiando á la inmensa caravana de las nacionalidades por el anchuroso universo, caminando en derechura hacia el verdadero progreso, hacia el verdadero término de la vida y adelantándose á todas por sabiduría y tino pasmosos en la consecución del ansiado y perfecto ideal humano.

—¿Y puede usted negar que España fué así un tiempo? En cuanto á la alegría en medio de las desgracias, y la crueldad, nadie nos las puede quitar y corregir: es el patrimonio y sello distintivo de nuestra raza. ¿Habrá visto cómo acuden los hombres y mujeres más bonitas y de la aristocracia á una tarde de toros, relamiéndose de gusto con los estremecimientos convulsivos de las agonizantes víctimas en medio de un charco de sangre? Pues así acudían nuestros padres á los autos de fe; levantaban ellos mismos los tablados, animándose con piadosas exhortaciones á mirar con alegría y satisfactoria beatitud, cómo se quemaban vivas centenares de personas. Todavía recordamos con orgullo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas ciento veinte, y de ellas veintiuna asadas vivas. La crueldad, pues, la hemos mamado; es más, para estimularnos á ella, en las fiestas nacionales, la corrida de toros es el plato más apetitoso.

—¡Qué vergüenza! ¡Y con orgullo lo recordamos!...

—Y ahora, porque atados de pies y manos, y vencidos y encerrados, nos desahogamos con la lengua y con la pluma, nos tachan nuestros vencedores de charlatanes, de monos, porque remedamos fea y torpemente lo que nos molesta, ridiculizándolo, y de no se qué otras cosas más...

—Claro, porque se lo merecemos, y aun es poco lo que dicen de nosotros; pues si nosotros fuésemos los vencedores... ¡valiente zalagarda hubiéramos armado con nuestro valor y nuestra heroicidad! Si humillados y estropeados, todavía nos arreglamos de manera que resultamos envidiables y gloriosos, ¡figúrese lo que habría sido si la fortuna nos hubiera encaramado en lo alto de su rueda!

—Pero, ¿qué quiere que hagamos? Hemos sido hasta hace poco unos reyes absolutos, de derecho divino, y ahora hechos reyes holgazanes sin oficio ni beneficio, cuyas hazañas son dignas, cuando más, de las, por cierto, sabrosas aleluyas que nos endilgan nuestros vencedores, y recogidos, además,

como en chiquero dentro de Manila, hechos unos caballeros de mala muerte, natural que al más Job se le revuelva la bilis, produciéndole irritaciones nerviosas que mueven desatinadamente la lengua y la pluma, únicas que nos dejan sueltas para que no perdamos la costumbre; y así, *gratis et amore*, les proporcionamos el espectáculo, modelo de vis cómica, donde somos los prodigiosos actores que, en manifestación gloriosa, hacen alarde de las gracias de su tierra, dejando á nuestros espectadores asombrados y pasmados por lo espléndido y estupendo del espectáculo: pues que, seguramente, nos contemplan con místico arrobo y con veneración profunda. Sin duda que

Nosotros solos somos los buenos;
Nosotros solos, ni más ni menos.

—Casi me voy convenciendo que hace usted bien en tomar por el lado jocoso y cómico nuestra situación actual; de otro modo, moriríamos de berrinches. Al fin y al cabo, nadie tampoco nos toma en serio, pues medrados estarían si tal hiciesen; serían unos locos de atar, como nosotros.

—De suerte que yo tengo razón. Es más: todavía tengo para mí que nosotros somos los vencedores.

—No hagamos aquí papel de andaluces.

—¡Qué andaluces ni qué calabazas! Usted que tiene buena memoria, ¿no recuerda aquéllo que dijo un baturro?...

—¿Qué dijo?

—Pues el baturro, preguntado quién había podido más, de dos que se habían pegado de cachetes,—«Claro está—respondió—que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima». Así nosotros: puesto que tenemos encima á los revolucionarios y á los americanos, claro está también que hemos podido ó podemos más que todos ellos juntos. Luego nosotros somos los vencedores: *Quod erat demonstrandum.*

NOLITE TANGERE CHRISTOS MEOS

... Era una de aquellas buenas señoras que, religiosamente astutas, viendo que no existía cosa mejor en el mundo, dió en que había de ser cura el pedazo de sus entrañas, siendo felizmente secundada en tan substancioso pensar por un padre de la clase, tal vez de aquel que aconsejaba á un su hijo que fuera de la Iglesia, porque en la casa de Dios cuando «no llueve, gotea». Y sin meternos en más honduras ni seguir punto por punto los misterios de la incubación monástica del frailecito, vamos á presentarle en su manifestación gloriosa, haciendo el papel de apacible pastor de almas en el pueblo de A***.

En el primer año de manejar el cayado, mostró pasión por los pajaritos y por los niños. Compraba á peseta limpia los «pajaritos de San Nicolás», cogidos mediante reclamos en *bitags* de caña por los muchachos del lugar, que se disputaban la palma de llevarle mayor número, en jaulas ó en ristre. Con lo cual hacía que los chicos se convirtiesen todo el santo día de Dios en «mari-capràs», saltando y corriendo de acá para allá, sudando la gota gorda con el dichoso *bitags*, aguijoneados por la futura cosecha de pesetillas.

Al año siguiente, ya era el paño de lágrimas de las niñas huérfanas de buen palmito. ¡Pobres niñas! Tal vez, faltas de la energía del padre y de la ternura de solícita madre, se desanimen, yéndose derechitas por el sendero tortuoso del

mal. Tal vez, incitadas por la naturaleza del amor, se hagan facilitonas y salten, llevadas de amorosa pestilencia, por cima de la honestidad y la virtud. ¡Sin duda que la reina Mab infectaría el lecho de estas cándidas vírgenes, despertando en ellas torpes deseos! Y para que no se infecten ni se deslicen, ni hagan cosa contraria al deseo, pues tienen consigo el mayor enemigo, la lozanía, el brío de la vida, la juventud peligrosísima, en una palabra, ¡á Santa Rosa ó á Concordia, niñas, á recogerse en ese centro de vestales, viveros de recatadas y honestas doncellas! Y allí cuatro ó cinco años de vida ociosa, mucha golosina, poquito de aguja y bordado, mucho brincar y cantar como calandrias, excesivo lujo y mucha música y mucha poesía nocivamente erótica: excusado es decir la picazón ardorosa y martirio horrible que padecerían si se prolongara su cautiverio. Sus imaginaciones, encendidas tal vez por los aguijones de lo misterioso y de la abstinencia, avivarían en ellas el deseo de lo desconocido.

En tanto, el suave pastor no andaba remiso en el cumplimiento de sus deberes. Por de pronto su mesa era harto mejor colmada que la de la venta en *El Ingenioso Hidalgo.*

Como esa buen cazador y casi opulento banquero, ¡qué de pajaricos del aire, de aves de la tierra y de pescados del mar había allí!, teniendo más de lo que no encontraba Sancho en la venta, á saber: polla tierna, ternera ó cabrito, tocino, huevos, licores y vino generoso á pasto. Agréguese á todo esto una biblioteca que abraza desde lo más teológicamente revesado hasta lo más desapoderadamente afrodisíaco, y una holganza completa y mil excitantes y aperitivos, y dígase si no el más bendito reverendo sería capaz de hacer locuras.

Procedimientos tales eran, en verdad, propios de un corruptor de menores, y su reverencia así lo entendía; pero como era un libertino filósofo á su modo, aguzaba el magín para ver de encontrar razones poderosas, siquiera fuesen so-

fismas, que acallasen los gritos de su conciencia, que constantemente le predicaba moral.

Echó, pues, mano de sus variadas lecturas (era algo erudito su reverencia), y se hizo estas consideraciones:

Don Juan Valera, el deleitoso y ático escritor, tiene una novela, titulada *Doña Luz*, donde presenta á un P. Enrique, el cual se reventó por unos amores callados con la mala pécora de Doña Luz. Reprueba la conducta de este pobre padre y le atiza una homilía en el prólogo, diciendo más ó menos que el P. Enrique debía seguir los saludables consejos de Micer Pietro Bembo: juntar en la mente muchas hermosuras, reducirlas á una sola, y formar aquélla ,que sobre la naturaleza se extiende y derrama. Así viviría en plena convivencia con la soberana hermosura, en plácida beatitud y serenidad fuera de los desabrimientos y tremendos celos que causan la muerte al mortal enamorado desatinadamente de las terrenales hermosuras.

—Pero, vamos á cuentas, don Juan—diserta su reverencia:—usted es un humorista escéptico y además hombre muy mundano; luego á usted no se le debe creer para nada; y yo que soy muy lince, no me dejo sorprender por sus humoradas bonitas, pues usted se parece al diablo, que predica harto de carne. Y para no ser yo menos que usted, predicaré y obraré también después, cuando ya esté ahito de lo pecaminoso. Dios me ha hecho de barro hirviendo, y yo no tengo la culpa de tener una naturaleza *así*. Además, es pólvora mojada toda la teología y filosofía del mundo cuando se ven unos cuerpos, unas caderas, unas formas tan para enloquecer, como las que tengo á la vista todos los días. No hay que olvidar que la mujer es estopa, y el hombre, fuego; y cuando el diablo viene y sopla, fogata al canto. Por estas razones y otras que me reservo, estoy más que con usted, conforme con mi tocayo de hábito «Fray Candil», que dice que lo que al hombre entontece y le quita el pensar, empujándole á todo linaje

de locuras, es el amor, el amor pagano de redondeces blancas y duras, que tiemblan como la hoja en el árbol, y se retuercen convulsivamente al contacto de una boca febril y á la opresión epiléptica de unos brazos varoniles.

Sí, pues, «ese» empuja á todo linaje de locuras, y la locura es irresponsable de todo, mi reverencia, que tiene avenates de loco por este respecto, será también irresponsable de cuanto haga sobre el particular, pudiendo tumbarse, con toda tranquilidad, como un borrego, en el surco del amor pagano, seguro de la irresponsabilidad paladina y abierta al entendimiento de todo sér que piensa. Pero donde el caso del P. Enrique, no es más que una infelicidad de un pobre hombre, ¿por qué no se arrojó pecho al agua declarando su amor á doña Luz? Porque era un timorato, un infeliz, que bien se merecía lo que le había pasado. ¡Morir como un tonto, eso no le pasa á ningún fraile auténtico en Filipinas!

Con estas quisicosas acallaba los gritos de su conciencia y se arrojaba resuelto pecho al agua, como él decía, viviendo impuro y torpemente.

Y así, volviendo á nuestra narración, cuando todo está ya en buen orden de batalla y es tiempo de picar los flancos enemigos, y su reverencia no puede contener el ímpetu batallador, su reverencia saca las niñas de los colegios, para así coger de aquella

. . . . . alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la fermosa cumbre.....
. . . . . .

Difícilmente un pintor nos daría un cuadro tan hermoso como el que forman dos ó tres niñas recién salidas del colegio, y reunidas en familiaridad cristiana con su reverencia en un lujoso y voluptuoso recinto de su convento. Apiñadas

ó desperdigadas en los sillones, el conjunto formaba siempre un cuadro interesante, prestándole acaso mayor encanto el «déshabillé» en que solían hallarse. Muchas veces se conjuraban contra el padre, agolpándosele todas. Una se le subía, haciendo de sus afilados dedos pinzas para coger los encrespados cabellos del cura, de castaño color; otra, haciendo de la panza del fraile tambor, le daba cariñosos golpecitos con los nudillos; otra, pegaba un brinco á fin de aplastar un merengue sobre la cosa aquélla de forma circular que tenía sobre el cráneo su reverencia. Y todas, haciéndole mil monerías, que le cortaban la respiración y le hacian reir como un bobo, mostrando hasta las muelas del juicio.—«¡Ah!, decía poniéndose serio;—no hagáis eso; es pecado..... Tú, arréglate esa manga..... No chilléis tanto, chiquillas..... Dejadme, que me vais á asfixiar.....»—Hasta que, cansadas, le dejaban y se sentaban á tomar aliento, posando las graciosas cabezas sobre el blanco bordado que tapizaba las sillas.

En medio de la retirada estancia hay una mesita de mármol, que descansa sobre alfombra de estambre, donde se destaca la figura imponente de un fiero león. Sobre la mesita, un florero de cristal de tres gradas cubiertas de frescas sampaguitas, nadando y brillando como ampo de nieve sobre un lago de verdes hierbas, que tal parecen las hojas del papúa que rebosaban de los bordes del florero; una botella del ardiente vino de Jerez, que diría el padre que es el mismísimo que lleva—según Castelar—disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte; dos platos de porcelana japonesa, llenos de primorosos hojaldres, que se deshacen en la boca, y pastas de almendras espolvoreadas con azúcar blanquísimo, y una batería de copas chatas, azules, con pies de amarillo topacio. El padre llenó las copas del generoso vino, para que se lo tomaran con los bizcochos las niñas. Éstas mojaron en el áureo líquido las sabrosas pas-

tas, cuyo polvo enturbió algún tanto el licor, bajando después de formar pequeño remolino al fondo. El claror del sol atravesaba los vidrios de colores que guarnecían la estancia y teñía de ligero tinte verdoso los bellos rostros de las muchachas, reclinadas indolentemente en los sofás, aumentando la voluptuosidad de la atmósfera que cernía sobre la amorosa estancia, convertida entonces en harén de beldades orientales.

Al escanciar el vino juraba que veía correr al través de las bien torneadas gargantas el dorado líquido, y tal debía de ser su dulzor, que las ninfas cerraban los ojos como para reconcentrarle y paladearle con más gusto. Las sienes ardían, y los labios húmedos y medio abiertos pedían algo que el padre, enamorado, se apresuró á dar, estampando en ellos casto beso, recogiendo el néctar que, según él, sabía mejor que la ambrosía de los dioses del Olimpo escanciada por la divina y hermosa Hebé á los inmortales...

Sentían abrumadora pesadez de cabeza, entornaban los ojos ya sombríos, y sopor indefinible invadía lo más profundo de su sér, anonadándolas por completo. Su reverencia las miraba con cariñosa mirada, encantado de la lozanía lujuriosa de sus formas, de sus turgentes pechos y de sus senos de un anhelar ya fatigoso, que destruían y echaban por tierra toda su filosofía y teología aprendidas, y le hacían acariciar el deseo de ser en tan apurado trance Júpiter tonante, que infundiese á los indiscretos mortales deleitoso sueño, para que no contasen al mundo sus amores con aquellas Mayas tan encantadoras como la madre del lírico divino, dios de la elocuencia.

Y como estos trotes de su reverencia podían estar en pugna con aquella sentencia del Espíritu Santo, «Nolite tangere Christos meos», pues gustaba él y apetecía contravenirla, prometió escribir extensísimo libro, donde ha de quedar más que probado, por un sinnúmero de silogis-

mos y «argumentatiunum cornutarum», que la sentencia no se contravenía, ni nada tenía que ver, ni quedaba derogada por los deshonestos tocamientos que se permitía su reverencia; por el contrario, se afirmaba y adquiría mayor valor por eso mismo la tal sentencia: «Nolite tangere Christos meos».

ROQUE BECERRITO

Becerrito era un abogadillo de secano de los muchos como andan por ahí, y que, á imitación de los demás hombres, tenía también ojos, boca, narices, etc., etc. Se diferenciaba, sin embargo, de otros, con diferencia notable, por tener los pies dispuestos en paréntesis, circunstancia que hacía que los tacones de sus zapatos se achatasen y tuviesen un corte, un sesgo acentuadísimo hacia fuera, obligándole á andar con los cantos ó bordes del lado exterior de las plantas, y además, se diferenciaba por manarle de la oreja izquierda cierto viscoso licor que no tenía nada de aromoso ni, que sepamos, gustase á sabroso arrope.

Á pesar de andar mal de entendimiento, concluyó su carrera, de milagro, por los buenos oficios de Segundo, su amigo, y á quien él, Becerrito, por cariño y para tenerle propicio, le llamaba Segundito querido, diminutivo sin duda que tiraba y se encaminaba á expresión gráfica de simpatía, efusión de amor, fraternal afecto.

Toda la enciclopedia atesorada en su cabeza venía de la fuente «Segundito querido», en especial todo lo relativo al Derecho. ¿Que un cliente se quejaba de habérsele despedido de la casa que habitaba por no pagar alquiler? Chico estorbo: Segundito lo arregla en un abrir y cerrar de ojos. ¿Que ciertas fincas no estaban registradas? Bueno, bueno: Segundito es la mano derecha del Registrador. ¿Que la parte contraria

citaba la ley Hipotecaria, y...? ¡Precisamente es el fuerte de Segundito!: de esta hecha impone perpetuo silencio á esos tunantes. ¿Que escrituras...? ¡No hay que apurarse!: Segundito asegura que las estudió bien, ¡toma, si lo sabré yo!... Todas las cuestiones más abstrusas, todas, me las tiene así... Pues, ¿y la manera lúcida como expone los más sutiles conceptos, los argumentos sin vuelta de hoja?

Con mentor de tal fuste, que le sacaba de todas las apreturas profesionales, excusado es decir si iría todo muy sopladico por esos arrozales, risueño, satisfecho.

Aconteció que un señor de provincias quiso arreglar cuentas con sus hijas del primer matrimonio, y, como es natural, hubo necesidad de escritura particional.

Becerrito fué allá, á la provincia de X***, con su mentor, para que éste hiciese la escritura.

Por la escritura se enteró de la gran suma que heredaría una de las hijas de aquel señor, y la suma, que no la hija, le hizo tilín á Becerrito; el cual juzgó conveniente casarse con ella. La moza no era tierna, ni guapa, sino algo entrada en edad; pero él tenía sus razones, ya poéticas, ya humanitarias para el respeto, y todas asentadas en sólido fundamento, por donde no había tu tía ni pero que valiese.

Así argumentaba:

La nostalgia del crepúsculo, la puesta del sol en los malásicos campos, cuando las hierbas olorosas despiden mejor su aroma de subidísimo deleite; cuando la Naturaleza toda parece asociarse á la dicha de los enamorados entonando con melódico ritmo de pastoril caramillo ó de sonora orquesta de grillos y cigarras el más caluroso himno de amor que sumerge el espíritu en sueño delicioso, intensamente paradisíaco, algo así como el producido por el sueño voluptuoso del *atchis*, era preferible sin duda á las rientes y frescas mañanas de Abril y Mayo, cuando las rosas están aún en su capullo y sus botones no han llegado á romperse, ni po-

dido desplegar toda la magnífica pompa de sus brillantes y encendidas corolas, y por consiguiente, sin el aroma y nitidez hermosa de las ya desplegadas y abiertas.

Además, la mujer era de suyo débil, necesitaba apoyo; de otro modo sería pronto presa de la rapacidad de los interesados.

Y pues sentía por ella la nostalgia del crepúsculo de una parte y de otra, razón era que ella tuviese persistente apoyo, vigoroso brazo que la defendiese de la voracidad de animales dañinos, los hombres metalizados, y para que tuviese quien la ahorrase los mil enojos que lleva consigo el cuidado asiduo de los propios intereses; Becerrito, poeta y magnánimo, determinó con resolución inquebrantable, con justo imperio de su voluntad, enamorar á Magdalena y casarse luego con ella, para ser después el fiel guardián del alcázar de su castidad, y universal recolector y administrador de sus cuantiosos como para él fabulosos bienes.

Á este fin comenzó entonces á pulirse y lavarse con jabón perfumado y con esencias, pues no se lavaba casi nunca (así que olía sabe Dios cómo), y mercó baratijas llamativas, de esas parecidas á las cuentas de vidrio que se ferian en bazares y en tiendas de Pascua, sintiendo más bien fuerte comezón de adornarse y pintarse como los igorrotes, que de cubrir el cuerpo con honesto, pulcro y elegante traje.

Y sin embargo de lo estrafalario de su figura, con tales aditamentos se creía hecho un Adonis, reluciente, irresistible, tentador.

La muchacha no gustaba de él, por más que él gustase de ella; y como él era un vanistorio que no le sufría ni el mismísimo diablo, se le vino en deseo á ella que él se le declarase, para propinarle mondas calabazas.

Pero era él tan para poco, que todo era ponerse colorado delante de ella, sin poder articular, de tan emocionado, palabra; así que á la muchacha se le iba acabando la pacien-

cia y sentía vivísimas ganas de imitar á su tocaya, la Magdalena de Tirso de Molina, y decirle de buenas á primeras lo que ésta, enfadada con la mucha vergüenza de Mireno, que no la pedía los amores que ella quería que la pidiese, dijo:

Siempre con pelo la pluma...
(Ap.) Y la lengua con frenillo.

El pudor, y sobre todo la pícara intención, pudo más en ella, pues no quería que Becerrito tuviese luego nada que echarla en cara; así es que esperó y aguantó hasta que aquella boca pidiese lo que ella tanto apetecía.

Para suerte de Magdalena, la cortedad de él acudió, porque optó Becerrito por lo escrito, que no por lo hablado, que le iba pareciendo de los acontecimientos imposible, y escribiéndola él para despacharse más á su gusto, otro tanto haría Magdalena, escribiéndole ella.

He aquí la misiva ostentadora del fino amor de Becerrito:

«Señorita: Herido yo de súbito amor por usted, y no pudiendo más resistir su ardor ni apagar el fuego que abrasa el pecho mío, con todo el rendimiento á mi voluntad posible, humildemente declaro que aspiro á su blanca mano.

Puede, pues, ya enorgullecerse, con noble y legítimo orgullo, porque así como es usted rica y bella, éste que será su amante, es con honra letrado, ex juez y abocado á magistrado y otras posiciones.

Suyo finísimo amante y adorador incondicional,

ROQUE BECERRITO.»

La contestación de ella fué la que sigue:

«Señor Becerro: por única contestación á la suya, no se me ocurre otra cosa que decirle: habló el buey, y dijo mu..., refrán aplicado á los que después del mucho callar sólo dicen disparates al romper á hablar.

Su mismo apellido de usted ya debía servirle de severo aviso para que no se meta en cosas donde le puedan salir mal los atrevimientos. Pero esto no quiere decir que yo diga de usted que es usted un buey, y buey que más merece zacate que otra cosa, porque yo le aprecio.

Y para prueba de este aprecio mío, ahí le envío adjunta á ésta, cierta hierbecilla, para que haga de ella lo que mejor le plazca.

Solamente siento decirle, que en casa no se recibe á los rumiantes, y por tanto ya puede largarse á otra parte.

Suya,

MAGDALENA.»

Ocioso es decir, cómo la lectura de la carta hizo montar en cólera á Becerrito; el cual, así como en pláticas íntimas con sus amigos solía deshacerse en alabanzas de la peregrina hermosura de Magdalena, del blando algodón de sus sedosas palmas, después del sofión ya no decía que era ella la bonita rosa del Japón, ni el purpúreo y odorante hisopo que cría y guarda el agreste huerto de X***, sino el extramonio de enervante y fuerte olor, digno, cuando más, de ser pisoteado por las pezuñas de un buey.

Pero lo que más hería su vanidad, que la tenía grandísima, reventándosele por todas las coyunturas, era que sus mal intencionados amigos le recitasen de continuo y á machacar los saladísimos versos de Juan de Castellanos, donde se refería la aventura de un portugués con una india de América, en que aquél salió burlado de la manera más cómica del mundo...

El portugués estaba enamoradísimo de la india, y en el momento en que, ebrio de amor, se dirigía hacia ella, articulando *Ven a os braços do galan que te deseia* y quería abrazarla, resulta luego abrazado como un tonto y majadero, con

el vestido de la india y no con su gentil cuerpo. ¡Qué decepción era para el amartelado galán, que se volvía á su casa

..... con sólo la camisa
y más lleno de oro que de risa!

Con esto y con los más picantes comentarios, batían sus amigos los tímpanos del pobre Roque y le agriaban las entrañas, dejándole muy volado y con ganas de desear que fuese él verdaderamente un toro para emprenderla á cornadas con sus amigos.

Con todo, este percance cómico, bastante ridículo, que le sucedió en mengua de su dignidad de enamorado, no obstó para que al cabo de un par de semanas se consolase con una detestable, pero rica viuda, vieja y desdentada por más señas.

La vieja se jactaba de las muchas gracias que debía tener ella, cuando retenía así y para sí propia un galán tan lindo y tan rubio como Becerrito, muy currutaco y peligroso para todas las hermosuras.

Son muy chistosas las escenas íntimas entrambos.

«Becerrito mío, tonto, riquísimo, ¿verdad que me amas á mí sola? Abre, abre esa boquita, mi delicia, mi amor, mi todo, ¿sabes?, mi todo..... Anda, recítame aquellos versos que compusiste....., anda, no seas pesado....., aquéllos..... aquéllos que dicen..... *las golondrinas* volverán *á su nido otra vez.* ¡Qué cara me pones!..... Sigue..... sigue, qué es bonito..... Me pareces las propias golondrinas..... No me llames *chuchumeca* mía....., di *minina* mía, que es más dulce..... Así, así. ¡Qué *bibi* más rebonito tengo yo!..... No, no, suelta eso..... No tengo más....., los negocios.....; siempre dale con el dinero y más dinero.....; no parece sino que me quieres sólo por el dinero.....»

Ambos se pasaban la vida adobándose el rostro: ella, haciendo mil prodigios de *toilette* y largando buenas talegas

para retenerle y para que no la dejase; y él, á fuerza de garatusas y llamarla *minina* mía, se hacía tolerar para seguir desplumándola todo lo más posible.

Así que, cuando ella en un instante de cariño se colgaba amorosa de su cuello reclinando desmayada la canosa cabeza en el pecho de él, él correspondía á tan apasionado amor abrumándola á caricias, para adormecerla con el opio de sus finezas, é insensiblemente bajar la diestra mano hacia la cintura de ella, distrayendo sus dedos hasta atrapar la llave y, quedito, meterla en la cerradura del arca, donde se cogía á puñados el oro.

Con el puñado de oro se sentía Becerrito poeta, y poeta ditirámbico de las centenarias.

Así, tan pronto como pillaba una docena de onzas se derramaba sobre los blancos copos de la elevada sierra de ella, peinando con sus dedos los cándidos cabellos, y ahogándola á caricias, se desataba su lengua en blandas palabras, que derritía el corazón de la desdentada, y subyugaba su inteligencia.

De fijo que la marchita rosa conservaba todavía su fragancia suavísima, y la fruta, madura, arrugada de sazón, destilaba por su piel miel de la Malasia ministrada por la Crisopeya en copa de cincelado oro á los temblorosos labios del nostálgico poeta.

Pero como todas las cosas humanas tienen su fin y postre, también la beatitud de Roquito se la tuvo, pero de veras.

Aburrida la vieja con la rapacidad escandalosa de él, le dió portante un día en que, precisamente, parecía enajenarse él de amor por ella pidiéndole cuartos.

—Te veo—besugo—decíale ella hecha una furia—; te veo..... que tienes el ojo claro. Vete de aquí y no te me pongas más delante. Se acabaron nuestros amores.

Y se quedó desnudo en la calle. Ahora se está bebiendo los vientos por esas esquinas, más pobre que una rata y casi

desarrapado, como un salvaje, á ver si le llueven codornices y maná del cielo, cogiendo por su cuenta á otra hembra octogenaria que se decida á hacer el papel de practicable heroína de la comedia de Bretón titulada *Á la vejez, viruelas*, de la que él gusta muchísimo.

Para echar el lazo tiene toda una formidable batería de piedras falsas y pingos chillantes, con los colores de la bandera de su nación, gualdo y rojo.

Falta, pues, que caigan las codornices, ó que encuentre gordo pájaro al alcance de sus tiros, porque, seguramente, Becerrito lo atrapa y se lo come todo.

LOS HUÉSPEDES

(CUENTO DE INOCENTES)

En la calle *Wald*, de uno de estos arrabales, hay una casa parecida á un palomar gigantesco, pintarrajeado de colores y con mil agujeros, que parecen celdillas de larvas melíficas, situados ó incrustados en los cuatro paramentos laterales del encuadrado edificio.

En la cara principal se lee en un rótulo: «Casa de huéspedes». Se alojan y hospedan en esta casa Robinsones de todos puntos.

Todos ellos, aunque parecen alojarse para hallar techo que les cobije, sin embargo, por razones de humanidad, dijeron al patrón que eran unos zánganos que trataban de librar el codiciado panal del establecimiento de imaginarios bichejos que, provistos de modernos tentáculos, iban á verificar una limpiadura de padre y muy señor mío en el panal.

El patrón no entendía nada de estas razones, que, pronunciadas y dichas en lengua kuákera, le parecía una jerga ininteligible, y, sobre todo, ¡demonios!, lo que á él le interesaba era que le pagasen bien, y él les serviría, aun chocolate frailuno con rosolí, mistela y otras preciosidades.

Por este motivo, sin decirles palabra ni contestarles jota, con toda la buena fe del mundo, estaba hecho un azacán el tal patrón, desviviéndose por sus huéspedes.

Y como todas las cosas tienen su fin en este mundo, y las cosas más apocalípticas y sibilinas llegan á aclararse hasta quedar en descubierto, patentes, lucientes, como la luz del sol, los antes más profundos misterios, llegó el saldo de cuentas, y se armó entonces la de Dios es Cristo en la casa de huéspedes.

Terminado y expirado el plazo alojatorio, el patrón los congregó en torno de la mesa comunal, con una escoba de *tambó* debajo del brazo, y tintero, pluma y papeles en las manos. Sentados todos en semicírculo y el patrón en medio, de pie, éste fué llamando á cada uno de sus huéspedes, presentándoles las cuentas; y para diferenciarles, les iba aplicando pintorescos apodos, propios de sus respectivos países.

—Fulano, el que bebe las limpias y frescas corrientes del Sena, debe pagar tanto, por tantos días, á razón, etc., etc.

—Zutano, el que patina sobre las congeladas aguas del Rhin, festoneado de pámpanos y áureos racimos de la vid jugosa, debe...

—Mengano, el que aspira fuliginoso humo, resollado por las colosales chimeneas de británicas fábricas, debe...

—Perengano, montaña de carne de los que han hecho morder el polvo á los que recogen las doradas arenas del caudaloso Tajo, basta de chupandina, ahí tiene usted el recibo...

Cualquiera diría que estos señores pagarían religiosamente lo que habían bebido y comido. Pues no: Fulano dijo que él no debía nada; era todavía acreedor á gratitud y rey de derecho humano y divino de una parte la casa, porque él pensaba hacer bonita reforma en ella, pero que aún no había hecho, si bien pensaba hacerla; Zutano dijo que también era dueño de otra parte, porque en ella pensaba instalar una tienda de baratijas, que luego habían de resultar caras para el incauto parroquiano; Mengano, á su vez, tartajeó que

nadie le echaba del cuarto suyo, aunque él no pagase, porque allí estaba elaborando una inextricable red de vías férreas, y resolviendo el problema de beneficiar las cuencas carboníferas de Mindanao, y el de explotar los inmensos criaderos de oro existentes en las montañas y en los riñones de los vírgenes bosques de Luzón, para absorber toda la riqueza muerta y viva del país, lo que era razón, seguramente, para no pagar; Perengano habló á su vez, deshuesando la mitad del hermoso idioma castellano, para decir que tampoco pagaría, alegando por razón de no pagar el que borrajeaba las cuartillas del *New Orient*, donde, sin empacho alguno, se decía al pueblo filipino que no sabía ni podía gobernarse por sí mismo.

Molestado con tanta charla el patrón é impaciente porque no le pagasen, cnarboló la escoba, y en tono imperativo, poniéndose verdaderamente tremendo, gritó:

—¡Grandísimos mamelucos, si no me pagáis al punto, os paso á trote las costillas y os rompo el alma!

Atemorizados los forasteros y tentándose la ropa y tiritando de miedo, metieron los puños en los bolsillos del chaleco y pagaron religiosamente al patrón; el cual, con la vista del oro y de la plata, se humanizó y medio se sonrió, pidiendo mil perdones á sus huéspedes.

—Ya sé yo—les dijo—que sois más buenos que el pan; confieso que me he puesto un poco tremendillo, pero vosotros tenéis la culpa, me habéis buscado las cosquillas..... En adelante, pues, no ser tontos, y veréis cómo vuestro patrón es el de más sosegado genio. Y ya que me habéis pagado cien, ahora veréis lo mucho que quiero á los cumplidos huéspedes míos: venid, pues, á la cantina, y allí os brindaré con un litro de cerveza á cada uno.

Los forasteros, repuestos del miedo, corrieron tras el patrón, que á zancadas bajaba la escalera en derechura á la cantina.

En ésta, al amor del *trinquis*, todos departían amigablemente en mutuo acalorado afecto, dando la razón al patrón, y confesando todos, contritos de su culpa, que habían tratado de apropiarse de lo ajeno, cosa que no podía hacerse por concepto alguno ni por razón alguna.

JIRA CAMPESTRE

Tregua al aburrimiento, especie de *spleen* que hace días aquejaba mi fatigado espíritu, tan lleno de murrias y querencias extemporáneas por causas que no son del caso precisar, ni importan, fué la jira que un amigo tuvo la bondad de proponerme el día 15 del que corre, á su casa de campo sita en los riñones del lugarucho de Kabli, casa llena de todos los atractivos que Dios crió para alegrar al hombre.

Caballeros nosotros en dos patriarcales jamelgos, pintos por más señas, volamos y arrancamos para dicha casa, donde llegamos á las once del día, cuando el sol derretía y amenazaba derretir los cráneos de los infelices campesinos, que con el azadón y garfios parecidos á almacofre, nivelaban los tramos palayeros, segando y cortando verruguitas de la naturaleza, picando acá y allá sin dejar el más ligero pandeo terroso y combadura de la planicie.

El humo de la cocina y luego el fuerte y sabroso olor del cabrito condimentado con guindas y picantes monteses que saturaba la atmósfera, me dieron en la nariz y me excitaron el paladar; que, pronto, instantáneamente, bendecí el día aquel, segurísimo de que lo pasaría bueno y deliciosamente.

La casa de mi amigo está en el centro del cordón de cabañas que, en media luna, forman guerrilla en actitud de batir la formidable línea de parvas y mandalás que listean lo largo del extensísimo terreno palayero, salpicado de atala-

yas de caña para aventar la paja de la dorada gramínea alimenticia, pan de estas latitudes. Precede á la escalera un emparrado de calabazas y balsaminas, cuajado de sortijas atirabuzonadas, tiernos cogollos de la cucurbitácea que da en el rellano, atestado de sacos de mongos; rodean la parra cocoteros, papayos de hojas como quitasoles y plátanos morados, butuhanes y de regalado lakatán, más un grupo de bambúes enjutos y cimbreantes al suave soplo del viento norte.

Todavía no acababa de lavarme y limpiarme el polvo, cuando mi anfitrión me asió del brazo y bajamos la escalera en dirección á la teba improvisada debajo del emparrado, circuida, más bien ceñida de platanejos, cuyas anchas hojas nos defendieron durante el almuerzo de los ardientes rayos solares.

Á pesar de la locuacidad del amigo, que parecía le soplaba alegre musa, no obstante, tanto él como yo, que no era menos locuaz, vaciamos las fuentes que se sucedían una tras otra delante de nosotros: tal hambre teníamos. Ambos dábamos frecuente tiento á la respectiva cantimplora de campaña que colgaba sobre la guayabera nuestra, como macuto. Pero adonde se volvían con amor nuestros ojos era á la fuente de cabrito bien rebutido de eso que hace arder la boca y el estómago.

Al fin, vino lo que deseábamos; pero tan desapoderada fué la embestida de mi amigo, que estuvo largo rato lacrimoso y casi llorando á moco tendido; lo cual, visto por mí, me hizo más cauto; por donde sin lágrimas, con parsimonia y buen método fuí dando cuenta del plato del día, del cabrito con salsa picante, bañado en charco de manteca, y humeando y brindando á que se le comiese.

En la sobremesa, inspirado mi amigo por el café y el humo grato y delicioso de buena breva, se le revivió la memoria y estuvo elocuente.

—Modestias aparte, ¿no cree que este lugar mío, la casa, la vista magnífica de enfrente, la alegría de estas campiñas, y el aire puro y sano que en ellas se respira y que prueba la robustez de esos que usted ve por ahí, es mil veces preferible á aquella su casa donde queda usted ahogado entre papelotes, libros y sobre todo el aire mefítico, viciado, que al cabo daría con sus huesos á donde maldita la gana querría usted ir? Mire usted esto, mire aquello, gire la vista allá, más allá, sobre aquella laguna donde abrevan millares de patos silvestres y donde yo mismo, con esta escopeta, había tendido sobre la hierba una porción, cuando tal vez soñaban con apagar su sed.

Así iba enumerando cuanto le sugería su entusiasmo por la vida del campo, recordando y trazando paralelos entre las antiguas y modernas geórgicas, entendiéndose por modernas las aplicables á su terruño, y que podían y debían escribirse, si hubiera pluma tan bien tajada y cortada como la de Virgilio, ó como la de Jorge Sand, inmejorable en sus narraciones campestres.

De esta clase quería él para sus ganados que sestean al pie de la abrupta montaña, conducidos por el cayado del pastor tañendo cerril caramillo *(barimbaw)*, cabalgado sobre las ancas de briosos potros, ó á mujeriegas sobre los lomos de pesadas caraballas, y recitando medio alegre, medio melancólico, las bellas estancias del melífluo y elegante Baltasar, en la augusta y solemne soledad de las granjas y vallados malayos oreados por las salubres auras que traen pólenes y efluvios de silvestre aroma; plumas de corte egregio quería él para los labriegos que, con religioso respeto, derriban el hongo de la desgreñada cabeza á la caída de las sombras, para rezar el *angelus*, con tanta ó más devoción que los muezzines, cuando silabean las suras del Korán, esa Biblia de los pintorescos árabes y cerrados mahometanos; para los campesinos «gañanes fornidos» que en la recolecta «en las

trojes apilan las haces», y después de la trilla y oreo del palay, entretejidas las crenchas con paja y cubiertos los cuerpos de salvado, hozan la tierra con la azada, bajo un sol que

..... el marjal resquebraja
y las rubias espigas retuesta,

matizando con oro las doradas panojas de los maizales y rebozando de dulce zumo los cañaverales perfumados de balsámicos vapores que destilan las hierbas, en medio de una orgía de luz y colores, prestada por oriental y melancólico crepúsculo; y, para las garridas mozas que acuden al pozo, ondulando con ritmo las caderas, con las odres sobre la cabeza ó con el cántaro debajo del brazo, y las que con rejo y garbo de amazonas, apoyándose sobre los hombros de otra, levantan á pulso una tina de agua para colocarla sobre los batalanes, y las que llevan el ganado y sus crías para abrevarlos en pesebres cabe el ejido endoselado de añosos sonantes buríes...

—Todo eso es muy bonito y hasta poético con poesía rayana en el paganismo. Pero la poesía no está en la Naturaleza, propiamente hablando. Si usted no la tiene dentro, ¡inútil que vea usted todas esas cosas! Luz, colores, aleteos misteriosos, susurros, rientes valles, todo es letra muerta para quien no los tiene impresos en el alma, la cual sirve de bruñido espejo donde se refleja y magnifica todo con arreboles irisados y opalinos por maravillosa, misteriosa, inexplicable transformación debida ¿qué diré yo? á las musas, por ejemplo, que lo que tocan con sus dedos de hada, lo purifican y embellecen. Cuéntase de Bernardino de Saint-Pierre, que cuando le señalaron un alto torreón de la ciudad, contestó diciendo: «Esa torre vuela». Pues bien, toda esa bella y espléndida enumeración de cuadros rurales que acaba de hacerme, todo eso se lo tiene en su privilegiada alma de usted;

pero para los demás, seguramente no pasarían de ser ordinarios y hasta monótonos. La torre vuela para usted y para el autor de la *Cabaña India;* pero para el zafio y prosaico, es, sin duda, viejo y ruinoso montón de piedras, cubiertas de musgo donde anidan lagartos y asquerosos sapos.

—Luego, según usted, yo debo de tener alma de poeta.

—¿Qué duda cabe? Usted tiene pagana el alma: por eso ve cosas que ni en sueños se les ocurre á los demás, por ejemplo, ¡yo!, yo no veo nada de lo que usted ve y ensalza por estilo sublime.

—¡Quite usted allá!; es usted demasiado modesto. Sea usted franco. Aquí donde nadie nos oye y podemos hacer mangas y capirotes de lo que se nos antoje, sin ofensa de nadie, hagamos el papel de sabios. La situación conjura á ello. Estamos á la sombra del plátano... ¿Se acuerda usted?...

—Nada...

—Sí, señor, del plátano parecido ó igual al celebrado en los *Diálogos* de Platón, en lecho de blanda hierba, sitio propio para juegos de las doncellas, santuario de las ninfas... donde espira fresco viento y resuena el estivo coro de las cigarras...

—Eso es divino; siga usted...

—Basta, me voy á disparar. Sólo que en vez de cigarras, aquí tenemos ranas habitantes de esas muertas lagunas y se deslizan saltando sobre el césped agitando las humedecidas hierbas del campo. Lástima que la vida sea tan breve, y sobre todo aquí en que la sequía es enervadora: el hervor de vida, impetuoso, delirante, y pasa como un sueño.

—Entonces, ¡brindemos por ella!...

—Brindemos y agotemos la cantimplora. Todavía queda algo, y la tarde y la noche se nos vienen á pasos agigantados. ¡Ea!, al pecho, y vayámonos. Imitemos al poeta latino que brindaba en Tívoli con vino de Quios por esta brevedad...

Los criados trajeron los jamelgos, y como verdaderamente era muy tarde y urgía volver al punto de partida antes del toque de ánimas, partimos.

Pasamos por cima del rastrojo á fin de hallar la recta conducente á X***.

Mi amigo, siempre viendo visiones; cuando pasábamos delante de los labriegos y labriegas y veía á éstas con cestas de junco cargadas de legumbres, decía que parecían canéforas paseando en los sacros bosques helenos; y los labriegos, apesadumbrados con sendas haces de paja, armados de garrotes, sátiros con tirso, envueltos con piel de tigre, coronados de pámpanos y danzando ebrios en bacanal orgía, á la salud del dios de la vid.

Ribetean la improvisada vía mimosas que se repliegan poseídas de pudor monjil, escandalizadas con las desenvolturas de las desvergonzadas y rastreras plantas cargadas de gatatumbas y embelecos amarillos, cuyos frutos sirven de cargas tonantes para las ballestas de caña macho con que satisfacen sus furias guerreras los muchachuelos del lugar. Los salaysalay de flores amarillas á lo empanada y que hacen las veces de blando algodón, confidente fiel y sostén de las amodorradas cabezas de los mortales, doblan sus orgullosos penachos magullados por los cascos de los jamelgos.

Á nuestro paso por los eriales y al lado de los escandalosamente ominosos graneros ventrudos, con naturales veletas en los picachos, huyen despavoridas, saltando y brincando, las ratas campesinas, terror de los propietarios del cereal, principal alimento de los filipinos, al paso que los labradores se deshacen en zalemas respetuosas, llenos de profunda veneración á nuestras personalidades.

Al fin, en el preciso momento de doblar las campanas del pueblo X*** anunciando el Ave María, nosotros penetrábamos, mi convidante que me acompañó hasta mi casa, y yo en nuestro solar, donde mis criados salieron á recibirnos,

mandándoles yo que apercibieran buena cena para agasajar á mi modo al espléndido compañero de la infancia.

Al día siguiente, él se volvió á su cortijo y yo me quedé prometiéndole escribir, á la primera ocasión, ligera reseña de nuestra pasada jira campestre.

Y hoy lo cumplo, sin añadir tilde ni coma á la impresión que me produjo.

EL CHICUELO

Menguado en carnes, nostálgico y algo rasgados los ojos, pero de profundo mirar, pómulos salientes, pelo lacio, por tronco un esqueleto con red de nervios hinchados que demuestran nativa pujanza, no obstante la ausencia de grandes masas de carne, pero, eso sí, más listo que la pimienta y de empuje terrible, como buen hijo de estas montañas, es el chicuelo personaje, cuyo nombre de pila inútil es buscar en los calendarios de todos los países, porque no se lo quisieron dar ni reconocer.

Desde que tomaba papilla ya estuvo bajo la tutela de un viejo maestro de escuela, llena de pájaros la cabeza y de pretensiones descomunales. Estaba con otros muchachos de su edad ó algo mayores que él bajo la odiosa y degradante férula del dómine, hasta que, cansados de sus ñoñeces, pues era chocho el viejo, pensaron, hicieron y consiguieron librarse de éste por tremenda manera.

Conspiraron, pues, contra el maestro, porque estaba dale que dale con que su magisterio sobre ellos era por derecho humano y divino, confirmado por el Rey de los Cielos al rey de la tierra, cuyos dominios no recorría el sol, caballero en carro de fuego como el profeta Elías, en todo un día; así, que el pobre viejo, de desastrada y violenta manera, á despecho suyo, tuvo que soltar la tutela, corrido y maltrecho.

Pero como no hace al caso referir lo de los compinches del chicuelo, sino lo de éste, ahora mismo trascribo aquí la agarrada que tuvo con su maestro.

—¿Conque... maestro, no me da usted libertad?—díjole un día el chicuelo.

—¡Nones!—contestó el maestro.

—¿Conque... no me la da usted?

—Á pesar de los pesares.

—Conque... Mire usted que estoy ya sulfurado.

—Item, ibidem, nequaquan, semper et pro semper.

—Grandísimo lagarto, mamarracho, ahora verá que su vida vale menos que la de una chinche.

Y le cogió por la cintura, tendiéndole en el suelo cuan largo era, y cayó el viejo de espaldas sin dar señales de vida. En esta postura puso el chicuelo su rodilla derecha sobre el estómago del caído; el cual, tan pronto como sintió el ominoso peso, empezó á despedir por todos los orificios del cuerpo sólidos y líquidos, que no eran, ciertamente, de ámbar. Viéndose morir, balbuceó lleno de angustia:

—Te perdono la vida y me rindo á discreción.

—¿Harás todo lo que te diga?

—Sí; me muero, me muero... ¡Ay!, ¡aaaay!...

El chicuelo le levantó entonces, pues el viejo no podía con su alma; como que no daba él, seguramente, dos cuartos por su vida; y se lo llevó á cuestas, como un fardo atravesado á guisa de tronco de plátano, sobre sus hombros, azotándole la espalda la colgante cabeza del viejo á cada zancada que daba para conducirlo á una choza, donde le acostó. En seguida corrió por vinagre y agua, le dió á oler el vinagre por la boca de la garrafa, y, empapando el pañuelo de hierbas en agua, se lo pasó por la frente. Con estos rústicos medicamentos, el viejo sintió correr la vida por sus venas y revivió sanado enteramente.

Libre ya nuestro chicuelo de la tutela magisterial, sin ne-

cesitarse de industria, con sólo su buen sentido natural y propio de todos los hombres, se construyó por cuenta propia una bonita y estable casa. Construída, se hizo de majadas, establos, apriscos de bueyes, puercos y hasta cabras; roturó terrenos baldíos, y adquirió dilatadas llanuras sembradas de ajonjolíes y de anises bienolientes, cuyos granos son la golosina de las muchachas, que los trituran con los dientes, derritiéndolos en la boca para perfumar el aliento, á guisa del preciado lentisco con que las hechiceras y peregrinas doncellas orientales aromaban sus bocas, nido de esas «caricias que muerden» y matan, por su voluptuosidad plasmante, sugestiva y lúbricamente quintaesenciada.

Lo que constituye hermoso espectáculo y donde el chicuelo pone todos sus sentidos con amor de padre, es en sus tierras colindantes con el rumoroso riachuelo que las cruza casi por mitad, dividiéndolas. Las riberas de ambos lados se hallan cuajadas de sandías de carne como la púrpura de los Césares, y sabrosos melones listeados con franjas verdes y pajizas; de ribera en ribera, estos riquísimos frutos se envían besos amorosos en alas de las brisas cargadas de aromas exhaladas por los pinares, y olores gratos rezumados de los troncos cortados por el pie y agrietados por cortante hacha, que estremecen á las plantas acuáticas de largos tallos rematados en clavos rojos ó violados; más arriba, lindando con las riberas, están las lomas, anchas vegas anegadas por un Océano de hojas de tabaco, donde á trechos pululan muchachas, agachadas, entretenidas en limpiar las brillantes hojas de torpes orugas, que las agujerean y con su baba las manchan, tiñéndolas y quitándolas la deliciosa goma de la fumable y aromosa planta; desde las banquillas, que se mecen sobre las tranquilas aguas del río y que se extienden como una inmensa pizarra sobre su lecho de arena, el chicuelo suele avizorar y vigilar la gavilla de aparceros que trabajan en las lomas y en los arenales.

Cuando más estaba el chicuelo gustoso con su suerte, trabajando día y noche por ensanchar sus dominios, uno que se le vendió en los primeros momentos por amigo para que le ayudase á desbancar al chocho dómine, con quien tenía que habérselas por no sé qué cosas, se le presenta con el mayor descaro, diciéndole:

—Esto es mío, y para que no te soliviantes has de creer que no te lo quito, aunque te lo quito.

El chicuelo se llevó las manos á la cabeza é iba á proferir una blasfemia y santiguar al felón del intruso, pero se reportó y contestó:

—¿Qué es eso de *no te lo quito, aunque te lo quito?*

—Mira, muy sencillo: todo esto crees que es tuyo, ¿no es así?

—Ya lo creo, no faltaba más.

—Pues bien, contestó el otro. Quiero decir que, como aun no lo sabes cultivar ni embellecer, yo voy á hacerlo para que vayas aprendiendo, y cuando ya estés al cabo del secreto lo harás por cuenta propia, y entonces mi respetabilidad estará aquí de sobra y se irá seguramente. Todo lo cual es ciertamente gran favor para ti: así cumplo con mi misión, enseñando al que no sabe.

—¡Qué misión ni qué calabazas! ¿No ve que esto es mío, adquirido á costa de sudores y fatigas? ¿No ve que lo hago y haré mejor que usted? Usted sí que no lo sabrá hacer, porque no teniendo más que un palmucho de terreno, todavía lo tiene sucio, inculto, lleno de matorrales. ¿Y es usted quien con inaudito desenfado viene echándoselas de misionero y demás zarandajas?

—Todo lo que has dicho es verdad y muy en razón. Pero no seas necio ni chiquillo. Yo tengo grandes piernas y músculos atléticos, y por estos músculos y piernas debes creer que no sabes lo que todo el mundo sabe, y me has de dejar hacer lo que á mi voluntad le venga en talante.

—Pero...

—No hay pero que valga.

—¡Aborto de los infiernos, salteador; calmuco, bandido!...

—¿Eh?...

—Lo dicho: ¡aborto de los infiernos, salteador, calmuco, bandido... y si me niega alguno de estos epítetos, le bataneo el alma!

—Disparr...atero, ahí va mi pierna...

Y vinieron á las manos. No cabía mayor desproporción entre los dos contendientes. Mientras el uno parecía un cerdo fantasma y alto como un gigante, el otro, aunque todo era nervios y ágil como la flecha, sin embargo, no le llegaba más que hasta el ombligo. El gigante, enfurecido por los denuestos del chicuelo, se fué á su encuentro con los brazos extendidos y las piernas abiertas, pero de modo tan torpe que parecía pesada goleta, deshinchadas las velas y de apremiosa carrera, creyendo en su estolidez que el chicuelo había de meterse entre sus brazos y piernas, para dejarse ahogar; pero éste, rapidísimo y ágil, dió cinco pasos atrás, luego arrancó como furioso huracán, metió la cabeza á guisa de cuña en la bifurcación de las piernas del calmuco, y sacudiólas con sus brazos hacia arriba, el gigante tuvo que girar vertiginosamente como grandiosa campana, saliendo despedido con violencia como sobre plano inclinado por cima de las espaldas del chicuelo, y cayendo de bruces, retumbando sobre el empedrado suelo, estropeados descomedidamente los hocicos y bañado el rostro en sangre.

Al caer quedó abrazado al tronco de una banana de las desperdigadas por allí, y berreó á todo trapo como una vaca. El chicuelo destronchó verde racimo, y echándoselo, le atizó la siguiente carrera:

—Tunante, sanguijuela, baboso caracol, vampiro de los demonios, pillaste, lo que te merecías... Toma esas bananas

y devóralas hasta reventar como un triquitraque. ¡Ah, bestia, no sé por qué no te mato!

—No, mi no querer morir.

—¿Confiesas ser ladrón y prometes largarte de aquí á toda prisa y con toda la mala ralea de tu gente?

—Mi confesar todo, mi prometer todo, mi perdonar no más la vida.

—Bueno, bueno; concedido, y lárgate, ganso, cerdo, que aquí no hay bellotas para ti. ¡Hála, *¡sulug!*, y que no te vea más la cara!

Así iba á terminar la pelamesa, cuando á esto aparece, como lobos de todas partes, una piara de cóchinos, gente del infeliz descalabrado, enarbolando sendos garrotes para acorrer á su amo. Éste, á pesar de todas sus promesas y paladinas confesiones durante la apretura, se envalentonó, abrió las fosas nasales como bravío corcel de sangre árabe, dió unos cuantos gruñidos y tomó una buena pieza de terreno, alineando en batalla á su gente para caer de porrazos sobre el chicuelo.

—¡Canallas, nadie se me mueva ni se llegue hasta mí, porque ha de estar con Roldán á prueba!

—¡Berr!... ¡Uauuu!...—aulló la gentuza, como unos salvajes antropófagos hotentotes, lanzándose como saetas sobre el chicuelo.

Pero no contaron con la huéspeda, que era la listeza de éste, y la noche, que apresuró su paso, cubriendo con su manto al encanijado, pero acerado hijo de las montañas malayas, como Minerva, la diosa Palas cubrió con su egida, férrea armadura á Paris, el hermoso pastor de la Hélade, para librarle de los mortíferos golpes del invulnerable Aquiles. El chicuelo se zafó buenamente, y por tal modo, que sus enemigos, lejos de dar con él, se enzarzaron entre sí muy encarnizados y dándose tan de bulto, que no se dejaron parte sana. Y como suele decirse, diría Cervantes, el gato al

rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo; de la misma manera, daba la pandilla del amo al amo, el amo á la pandilla, la pandilla entre sí, y luego vuelta á la tortilla y repitiéndose á menudo con tanta prisa y sin darse reposo, que al cabo de la asonada resultaron todos con magulladuras, cardenales y verdugones que parecían tomates reventones, sudorosos y echando hipos de cansancio. Entre tanto, el chicuelo, muerto de risa y sentado sobre un terrón ó bloque de tierra, atizaba con sus carcajadas la zumbona fiesta de palos que tan sin compasión se daban sus enemigos.

—¡Así, duro, mucho malo, bestias, y acabar de reventarse... y mucha suerte, abur!...

Y se fué fresquísimo. Los otros no se podían menear ni decir palabra de jadeantes, sacando un palmo de lengua como perros, después de una larga carrera y tumbados despidiendo mil ayes. Estaban corridísimos con la solemne majadería que acababan de perpetrar, mirándose unos á otros admirados de su necedad estupenda.

Desde esta hecha la fama del chicuelo rebasó los límites del orbe habitable, y nadie desde entonces osó tocarle ni el más ligero pelo de la cabeza, temeroso de encontrarse con sus puños. Hasta las mujeres celebraron el valor heroico del chicuelo, y todas deseaban tenerle por marido. Las poetisas y sobre todo noveleras encontraban propicia ocasión para hacer con él el papel de nueva y gloriosa Colonna para magnificar su pujanza y brío en las batallas é iluminar sus cicatrices y alabar su hirsuta piel, diciendo de él, por ejemplo, que es pequeño y hasta enano, pero enano como el genio de *las mil y una noches*, hermano de la más hermosa de las hadas, la hada Paravanú, que maneja abrumadora clava como si manejara flexible junco, y cuando se enfada machaca en un santiamén los cráneos de los reyes y de los cortesanos que se burlan de él, salpicando con sus sesos la aterciopelada alcatifa pérsica y los cortinajes de púrpura del

suntuoso salón real ó imperial, por donde todas amorosamente se le rendían, queriéndole y amándole y hasta bailándole el agua delante.

Pero él, modesto y práctico, dejándose de fantasmagorías é idealismos y sin desvanecerse con el vértigo de las divinas alturas, donde se asientan en dorado solio las encopetadas y bellas huríes, con tino y recto juicio, y justo celebrado aplauso de los hombres, escogió y señaló para mujer suya y encantadora media naranja de su persona tan solicitada, una de las sencillas hijas del pueblo, humilde y hasta bíblica por lo candorosa y virtuosa, que vendía salud y era riquísima de curvas lozanas que amenazaban romper la ligera veste; moza sin medias tintas en el querer, como mis paisanas, las mujeres filipinas, y que cuando aman, aman de veras hasta la muerte.

Se casó, pues, con la bella *Segadora;* así era el apodo de la muchacha que eligió.

Y como era de esperar, fueron muy felices y fueron la bendición del lugar donde ejercían sus dominios. Ensancharon sus tierras de labor, entronizaron é inventaron muchos medios de beneficiar los terrenos incultos y estériles; así legitimaron la mucha fama de inteligentes que ganaron en mil leguas á la redonda. Cuando cogidos del brazo, como dos tórtolos enamorados, iban á visitar las majadas y los establos ó las cañadas donde sus pastores sesteaban su ganado lanar y vacuno, que rumiaban filosóficamente la verde hierba de sus herbazales llenos de abundantes pastos, saliendo juntitos, muy juntitos, como si ateridos de frío buscasen mutuo comunicativo calor, de su casa, parecida á chalet campestre ó gruta de amores de dioses numerosos, imagínase uno ver á Jano bifronte y Cremosona salir de la caverna encapotada de tenebrosidades, después de engendrar á los valientes guerreros itálicos.

Así que su aparición á los humildes labriegos suyos es sa-

ludada por éstos con caluroso himno de amor, entre cánticos de alabanza en estrepitosa y franca magnificente apoteosis, no faltando entre ellos quien recitase—yo los he oído—aquellos versos de un hijo de aquellas montañas, águila que desde el peñón tajado de la cúspide de la Sierra Madre, va lanzando gritos ditirámbicos al Amor y á la Patria, resonantes en los valles y repetidos en ecos por las tupidas y selváticas frondas. Dicen así:

y sus frentes un algo irisado
como un halo de luz conjunciona,

aplicados á la «pareja feliz» que «el tugurio sagrado abandona» embalsamado de «mirra y ámbar» que «en vasos fragantes las florecillas silvestres destilan».

Indudable, pues, que el chicuelo y su bella segadora serán en el porvenir los dichosos mortales que engendrarán á los indómitos hijos de la libertad que sabrán conservar y guardar incólume la independencia conquistada por sus padres á fuerza de ingenio y heroismo gloriosos.

Para descargo de mi conciencia quiero y debo decir aquí que esta verídica historia de «El Chicuelo» no ha sido fantaseada por mí, sino contada por el respetabilísimo anciano, patriota febril y hasta espamódico en patriotismo delirante, Sr. Andana, en reunión que con otros compañeros míos tuvimos en su casa.

Colocados nosotros en semicírculo y él en el centro, sentados todos, y terminada la historia, el octogenario patricio se levantó transformado por el ardor guerrero, y sacudiendo las nevadas melenas de su temblorosa cabeza, se irguió en medio de la concurrencia como un dios, como el genio de la guerra desafiando á los cielos, y lanzó á sus oyentes este sublime ditirambo:

«Con ellos, animosos jóvenes, hijos de la más grande revolución que registran los anales de la Historia, con ellos estaremos seguros de nuestra independencia, ó por lo menos de nuestra gloria. Porque, aunque en este «pedazo de cielo puesto en la mar solitaria», según la magnífica expresión del vate malayo, mortal amado más que otro alguno por las musas y en quien parece se complacieron en derramar todas sus gracias; aunque en este *cielo*, repito, no haya resquebrajadura de caverna, ni hendedura de peña que no esté sembrada de cadáveres para que sean pasto de bestias feroces, y de disyectos miembros para que sean mondados por los cuervos, ni epitafio que no sea el puñado de hierba columpiada por las brisas, el genio de nuestra patria culminará en las soberanas alturas, saltando del Calvario, montaña de sus trágicas agonías, al Tabor, montaña de su transfiguración maravillosa, resplandeciendo por cruento y altísimo ejemplo de patriótico sacrificio, coronado de gloriosa diadema en medio de la sonrisa de los cielos y el clamoreo y admirativo aplauso de los imperios de ambos mundos. Así, cada átomo indivisible, cada grano de arena de nuestras llanuras, se transformará en vibrante éter, en explosión volcánica, que será el punto de mira, columna de fuego en el desierto abrasado, para la caravana de esclavos que todavía gimen en la servidumbre, feudatarios de cruel tirano, y en consoladora oración de los que, sintiendo hervir y fermentar en sus cerebros las grandiosas ideas, ideas-fuerzas generadoras del mudo moral, se ven constreñidos á ahogarlas en silencio, aherrojados á la obscuridad de hondas mazmorras, bajo la agobiadora balumba de cadenas, degradados por sangrientas rasgaduras de restallante fusta.

»Sí—proseguía declamando;—si se trata de salvar á la Patria y por ella preciso es morir, id á la muerte, porque las charcas de sangre en que se bañarán vuestros cadáveres, se-

rán, no lo dudéis, las aguas de la inmortalidad que os darán eterna vida. He dicho.»

Todo, pues, este escrito es debido á este respetabilísimo anciano que tiene repletos los bolsillos de chistes y agudezas tan llenas de ingenio y de substancias tóxicas para administrar al chalán que se le atraviese en la garganta. Estaba elocuentísimo cuando declamada y parecía verdaderamente un dios, con sus temblorosas piernas y calenturientas manos gesticulando en grandiosas curvas.

Vestido todo de negro paño, con un pie ya en el borde de la huesa y otro pie en el mundo, la mirada un tanto apagada, pero escudriñora de la inmensidad infinita, cubierta la augusta testa con crenchas de nieve y haciendo resonar con brío la guerrera trompa para infundir vigor á la juventud, á quien está próximo á dejar, creía yo ver al dios Término, al Tiempo que no quiere extinguirse y hace esfuerzos de gigante para confundir las riberas y las orillas, y para inocular en las venas de las sucesivas generaciones el ardor de fuego que hierve hinchiendo sus arterias de cíclope batallador.

Á UÑA DE CABALLO

(ESCENA CAMPESINA)

En la noche del 30 de Agosto de 18... iba un joven del pueblo de Z*** con dirección al de X*** montado en brioso bruto.

Le llamaban *El Jinete.*

El trayecto que media entre ambos pueblos está erizadísimo de carrizos y árboles, por donde es fácil perderse, si no se va con tiento.

La semi-obscuridad engendrada por los rayos oblicuos de la luna y la vibración de las hojas de los árboles, daban siniestro aspecto á las sombras que éstos proyectaban, aspecto que se le hacía mayormente pavoroso al jinete por la legión de ratazas del campo que iban y venían pegando brincos y saltos mortales, agrandadas prodigiosamente por la semi-obscuridad.

Mucha alegría recibió nuestro joven cuando, al cabo de media hora de penosa cabalgata, llegó á una planicie, donde respiró con desahogo y aspiró la grata fragancia de aromáticas hierbas que traía cortante brisa, tendiendo su vista al vasto panorama que se le ofrecía, sobre hermoso, embelesador, salpicado de verdes y no muy crecidas cañas, y donde también se veía, trecho más allá, la reata de conos formados de manojos de palay destinados al granero, y, tramo más acá, las innumerables como lujosas plantas entre zarzales

empedradas de flores coloreadas con preciados matices á lo ágata, rubí, topacio y esmeralda; que el titilar del generoso astro ponía de resalto galas tan primorosas.

Mas si el animal traía buen andar, también quedaba por trasponer largo trayecto para tocar el fin de la jornada. De aquí que el jinete determinó hacer punto en una de las chozas cercanas. Hizo alto en una de ellas, se apeó y amarró el caballo por un ramal de la brida á un poste. Sacó un cigarrillo de la petaca, echó lumbre y fumó. Se enjugó el sudor y se sentó sobre un caballete de *akle* que habilitó para asiento.

Tanta caminata era para descuajaringar al más pintado, y á él, que no era diestro ni sufrido jinete, á pesar de que le llamaban *El Jinete*, con la brega pasada las fuerzas se le acabaron. Había, pues, que hacerse de ellas para seguir el camino.

La choza, no hay para que decir que era de nipa con armazón de cañas.

Á un lado de ella alzábase un opulento y añoso mangal que, como los patriarcas bíblicos, se carga de retoños y frutos á la vejez. Bien nutrido de abundantes hojas verdinegras, sus ramas se acortan y adelgazan cada vez más hacia la copa, no consiguiendo tapar y cubrir con el velo de sus apiñadas hojas mangas que chorrean miel y azúcar y que convidan y dicen al perdidoso transeunte: «¡Tómame, cómeme!»

Sin duda no acertaría á pasar nadie por allí sin coger alguno de sus frutos dorados por el sol y suculentos al paladar, si la oficiosidad del viento hiciese clarear y entrever en medio de las celosías de sus hojas producto tan exquisito de la naturaleza.

Este prolífico mangal resume la historia toda del viejo, su dueño, quien, como sus vástagos crecieron bajo la sombra de aquél, le cuidaban todos como á padre ó abuelo.

En cambio, su follaje les sirve de lecho, su sombra de solaz y esparcimiento, sus frutos de refrigerio y su tronco es

el encargado de fijar la edad de cada uno de los pimpollos del viejo, por señales hechas con un hacha. Su beneficio se extiende hasta las revoltosas mayas, dejándose paciente construir en sus huecos nidos de paja á cambio tal vez de oir las melancólicas endechas con que éstas regalan á sus polluelos.

Aquella noche, el viejo cocía su frugal cena debajo del mangal fumando colilla en pipa de barro. En esta tarea le halló nuestro jinete. El viejo no se extrañó de la visita. Habíanle avisado ya el gato que se enjugaba todo el día el hocico y el bullicioso chisporroteo, como si le echaran puñados de sal, del fuego mismo con que cocía el potaje de verduras compuesto de berengena, amargoso y flores del katuray.

—Buenas y santas—le dijo el jinete.

—Muy buenas le dé Dios, joven—contestó el viejo, y cogió dos ó tres astillas para incorporar ó añadir á los tueros que estaban camino de consumirse.

—Á lo que parece—prosiguió—viene usted de lejos; que poco le falta para que eche usted los bofes de fatiga, y perdone mi...

—Ya... pero quería ganar de un tirón lo que me faltaba. ¿No lo cree posible, tío?

Con esta palabra se hizo confianzudo el viejo, y preguntó:

—¿Viene por ventura de A***?

—No; de más allá: de Z***.

—¡Ah!—exclamó el viejo—¿y quería usted con una carreruca dar en X***? Ni volando, hijo, ni volando...

Entretanto el agua contenida en la olla murmuraba como un diablo regañón. Y era que bullía rebosándose por los bordes, á pesar de la cobertera. Limpióla el viejo cuidadosamente con un trapo.

—Dígame, aunque sea mala pregunta—continuó:—¿no le han puesto miedo esos andurriales por donde acaba de pasar?

—No diré que no. ¿Quién no lo tiene? Pero no había más remedio sino armarme de valor, y Dios y ayuda.

—Justo, hijo, dice bien. ¡Demonche! Ayer hombres de mal sentir guiparon los cuartos á un pobrete, y por si tú cantas que no me hace gracia, amigo, me degollaron al infeliz.

El zorro del viejo observó sin pestañear á su interlocutor á ver si le había metido miedo. Al jinete se le levantaron los pelos como si sintiera el corte frío del cuchillo que había de segarle el cuello, y se enjugó el sudor que le rezumaba por la piel; y después de dar diente con diente, efecto de la grima que le causó la noticia, se revistió de valor, y dijo:

—Ya saben con quién tienen que habérselas. Me dejarán tal vez hecho jigote, pero antes tumbaría de espaldas á dos ó tres de ellos con este chisme, ¿ve usted?—enseñando flamante *bull-dog*.

El viejo, que no había visto semejante cosa, se asombró, cerró los ojos, apretó los párpados, deslumbrado por el lustre del metal, y apartó con las manos el arma volviendo la cabeza y gritando:

—¡Jesús, válgame Dios! ¡Ya estoy muerto!

Y se palpaba las costillas creyendo en su aturdimiento que el otro le había descerrajado un tiro por aquella parte, con lo que se rió el joven; el cual añadió:

—Está visto, tío, el buen efecto que produce el chisme.

—¡Ah!, no sabe el daño que me ha producido ese trabuco: ¡guardéselo! ¿Cómo se llama?

—Revólver.

—¿Reblover?

—No es *reblover*, sino revólver.

—Lo mismo da una cosa que otra—murmuró malhumorado el viejo con la enmienda.

El potaje debía de estar cocido, á juzgar por la actitud del viejo; el cual, merced á unas pinzas de junco, alzó la olla de los pezones que la sostenían y la colocó en un *dikán*. Hecho

esto, se sentó de cuclillas frente á su interlocutor dispuesto á pegar la hebra.

—Bien—repuso;—sé que no teme usted á los salteadores ó tulisanes. Pero á las *binangunan*, *tianak*, *tikbálang*, *matandâs* y *kapres*, trabajo le mando. Con esos no le vale su *repober*...

—Pero, tío, esas son pamemas en las que no cree ya nadie medianamente ilustrado.

—Sí; el del *chileco*, *jipijapa* y *relós de plata*, y otras tantas cuñas de la misma madera. ¡Demonche con la gente ilustrada!...

Y se descompuso con tanta vehemencia, que el joven se asombró y medio se arrepintió de su ligereza.

—Eso es broma, tío. Usted no se puede figurar el gusto que recibo yo en saber la historia de esos que asegura me infundirían miedo y con quienes no vale ni *repober* siquiera; como que no me voy de aquí hasta que no me haya contado esas cosas bonitas que usted guarda para los buenos amigos. ¿Me las contará?...

—Sí, hijo, sí.

Y fué el viejo relatando con mucha gracia las hazañas y proezas de sus héroes. Nuestro joven se puso todo oídos, pues si bien no las creía se las consideró y tuvo por historia la más sabrosa y divertida que había oído, por aquel encanto inefable que acompaña á las narraciones de los campesinos, libres de rodeos y torceduras y presentadas en su desnudez toda.

He aquí lo que contó; tiene la palabra el viejo:

«Cuando aún no vestía yo calzones, mi madre, que buen pozo haya, contábame que existían unas doncellas hermosísimas desnudas, con las carnes al fresco y los cabellos al desgaire. Éstas, diz que habitaban en parajes no frecuentados por el hombre, y al que pasase por allí, fuera varón ó hembra, y más si varón, ¡ay!, que ya no me le soltaban, le abrumaban de caricias, le besuqueaban y le dejaban fenecido sin

que sus intenciones, si las hubiera tenido, cumplir pudiera; porque de tal modo le besaban, que le chupaban la sangre, y en chupándole la sangre, moría sin cura ni confesión: de aquí el mote de *binangunan* (chupadoras, especie de vampiros).

»No hace veintiún años, esto que voy á contarle me pasó á mí—prosiguió.—Iba yo á un lugar cercano. Y para ir á él no había más que una vereda encasillada entre unas matas. ¿Me dirá usted que iba uno á perderse todavía por allí? Pero héte que yo seguía mi camino, y sigue que sigue nunca llegaba al lugar. ¡Demonche!, me dije, ¿si el pícaro *tianak* se habrá burlado de mí? Y como mira que mira no encontraba á nadie, proseguí el andar. ¡Demonche!, aún no había dado tres pasos, ¡y ya oí carcajadas! Señor, aquello me enfureció y le busqué con estos ojos á ver si daba con él, y vi á los lejos un niño chiquitito como un palmo que reía á más no poder... Así que le divisé, eché á andar seguro de atraparle, y tropiezo acá, tropiezo allá, caída va, caída viene... ¡santo Dios!, sólo cogí carbón de madera tamaño como un pepino, y más lejos el mismo niño riéndose de mí.

»Pensando, pensando, se me ocurrió ponerme la camisa del revés, y en poniéndomela, en seguida di con el lugar.»

Y por el mismo corte relató las demoniuras del *tikbdlang*, *matandâ* y *kapre*.

Que el *tikbdlang* era un vejete altón, zancudo y chupado que fumaba puros tan largos y gruesos como el antebrazo, pero que era pacífico, sin malos quereres, y vivía en sitios despoblados sentado en esas excrecencias de la tierra denominadas *punsó*, elaboradas por el industrioso como destructor *anay*, y que, sentado, por ser tan larguirucho, las rótulas le pasaban por encima de su cabeza orejuda.

El *matandâ* es de la laya del *tikbdlang*, pero menos alto, menos zancudo y también menos chupadizo, con orejas normales; vive en pueblos y barrios, siendo la pavura de los pe-

rros, á quienes retuerce el pescuezo, y de aquí aquel aullar tan lastimero y como sollozante por las noches, que mete espanto á los niños y á los hombres.

No así el *kapre*, peor mil veces que pateta, pues á lo mejor le coge á uno como una pluma y le zarandea por los aires y ¡cosa singular! no se hace uno daño. Y es que bromea. Pero si le muestra alguien los dientes, lo menos que hace ¡demonche! una tortilla humana. Con el *kapre*, sí, con el *kapre* les hubiera querido ver á los ilustrados.

De seguro que les mata como si fueran pulgas. Es el diablo más malo y nocivo de la tierra. Toma variadísimas formas; entre otras, la de un frailón gigante y terrible, y si le da el naipe por arrancar árboles, lo verifica con la facilidad de un zacatero con las hierbas del campo. ¡Y qué miedo, si toma la de un jabalí descomunal con una barbaridad de colmillos!... Aquí de la señal de la cruz, porque entonces desaparece como por ensalmo entre llamaradas pestilentes de humo y azufre.

Con historia tan larga, el hambre parece que le había picado al loro del viejo, pues tan pronto como la hubo terminado, destapó la olla y metió la nariz dentro, señal inequívoca de sus ganas. Brindó á su oyente á yantar con él.

Pero el joven lo rehusó cortésmente y se dispuso á proseguir la marcha. Dió un chasquido con el látigo. Con el ruido se despertaron unos gallos encamarados en las ramas del mangal, y agitaron sus alas sacudiéndose la modorra, y chillaron, que no cantaron.

Al chillido de éstos contestaron otros de la choza vecina, y á éstos, otros y otros mil juntaron el suyo á los primeros; que tenía que ver y que oir el alboroto que promovieron los nuncios de la alborada.

Á esto, la noche era ya muy por filo y fuerza recorrer una miajita más.

De un brinco, pues, esparrancóse sobre los lomos del ani-

mal nuestro joven, espoleóle, y fuése internando por aquellos matorrales; destacóse en la subida de una altura, y luego desapareció.

Sería el segundo canto del gallo cuando llegó á la población de X***, al tiempo que el astro de la noche se ocultaba poco á poco. Envió una sonrisa en señal de gratitud á la luna que, envolviéndole con su manto de plateada gasa é iluminando la tierra con suave luz, le ayudó á guisa de milagrosa estrella á salvar felizmente tramos tan peligrosos como los que tenía pasados y dejados atrás.

La llegada del jinete al pueblo fué recibida con una salva de ladridos que hallaron su eco en otros de la vecindad; luego, lejos, otra salva menos ruidosa; más lejos, más débil, y cuanto más lejos, mucho más débil, hasta perderse en lontananza en imperceptible eco.

Sonaron fuertes golpes sobre una puerta. Era el jinete que con los pies la aporreaba para que abrieran.

Un bulto arrebujado en una sábana apareció trayendo una palmatoria. Era la criada del jinete.

Se abrió y volvió á cerrarse la puerta.

Después todo tornó en silencio. Todos dormían. Tenues sombras cubrían la población replegándose en sus laberínticas calles.

Y todo confundióse en el indeciso claror del amanecer...

DE UNA NOVELA EN PREPARACIÓN

CAPÍTULO V

Esta familia no lo pasa del todo mal. Sobre los quehaceres y cosas corrientes de la vida y horas de saludar y encomendarse á Dios, tiene otras horas canónicas dedicadas á ese bureo llamado tertulia familiar, después de la comida, y de la cena sobre todo.

En vez de sobremesas largas, cuando no se arrellanan en butacones ó mecedoras doña Pupa, Gabriel y Lola para enzarzarse en sabrosas pláticas, se tumban sobre la amplitud de un camastrón, y allí, haciendo el gasto Lola, con frecuentes interrupciones de parte de doña Pupa acerca de la mayor ó menor exactitud de la palabra salida, ó cuento de aquélla, el pasado, el presente, el futuro, el cielo y la tierra, todo se ventila, trae y baraja familiar y deliciosamente, echando Lola por sus labios de macupa terrones de azúcar y sal, sazonando alguno que otro cuento con besos á la muy querida mamá y con pellizcos y cosquillas al muy querido Gabriel.

Si á lo mejor de la plática un inoportuno toquetea la puerta anunciando su visita, los tres se ponen en pie malhumorados: Gabriel, refunfuñando; Lola, enfadadísima y dando taconazos, y doña Pupa, lanzando dificultosas expectoraciones

y no pocos reniegos. Pero si es un tal tío Cario, personalito de su devoción, por ser un cuajado de chistes con sus eternos amoríos, se le recibe en palmitas y se le obliga á terciar en la charla y á contar sus ocurrencias.

Vamos á oirle.

No pasaban ya amores como los de él y la que fué su media naranja.

Era por los tiempos del alcalde N***, y siendo de los tiempos del alcalde N***, claro que alcanzaría la respetable data de cuarenta y pico de años.

—Cuando empecé á conocerla—habla tío Cario—y colgarme de sus largas pestañas como seda, estaba á medio calzón, camisa larga, y lo demás como mi madre me echó al mundo. ¡*Putris*, si viviera D. José, su marido de usted, comadre, que era tan guasanguero y tenía un memoriazo como un templo, de fijo, se morirían de risa si lo os contara! Para estas cosas, D. José tenía un pico de oro.

—Claro—contestaba doña Pupa;—como que era muy sabio. Si le vieras, Gabriel, echar latines y traducirlos al romance, acompañándolos con movimientos de cabeza y arqueamientos de cejas, marcando y acentuando las sílabas con el índice doblado muy coquetamente, ¡era una gloria!...

—Como decía, estaba á medio calzar. Pero verla y entrarme unas vergüenzas, no sé quién fué antes. Me hice, pues, de pantalones desde entonces. Con puntas yo de sastre y ella toda una maestra costurera, pronto hicimos migas.

»Salía ella á compras en días de mercado: yo la seguía como un perro, obligándome á ser guardián fiel de los bultos de berengenas, pepinos, calabazas y ollas de camaroncitos para salmuera, que tienen un olor muy pícaro. Los disponía en jarcias bien sujetas con filástica de burí retorcido, y á casa con ellas.

»Y á todo esto, que se repetía tantas cuantas veces había

mercado, yo, sin chistar, sin decir oste ni moste del volcán que me quitaba el dormir.

»Estaban de moda entonces los sinamayes que parecían capas de cebolla por lo multicocas, con listas, como caídos de colores flotando sobre la superficie del torrente, y los pantalones *pichidos*. Con esto iba muy reluciente y bonito. Me colocaba hacia el último de la banda de los pretendientes y de la gente más fina: el hijo de... el comerciante de... etcétera, etc.

»Y aquí venía lo bueno. Porque todavía no acababa de sentarme, me mandaba por agua, y había que desempaquetarse allí mismo de zapatos, camisa y pantalón. Han de tener presente que la casa era de una sola pieza. Y así, con la tinaja en rodete de trapo sobre la montera, iba camino al ejido, hecho un Adán. Ya se figurarán ustedes cuánta risa daría esto á sus pretendientes y lo volado que yo andaría con la tal risa. ¡Pero era tan guapa!... Y era yo el zángano precisamente más incivil, pobre é infelizote de aquéllos: ¿qué había de hacer yo sino tener paciencia... y barajar?...

—¿Y lo de la mordedura, se lo ha comido usted ya, tío Cario?—interrumpía doña Pupa.

—Vendrá eso más tarde, comadre.

—Mamá, parece que ya no se acuerda.

—Siga usted, tío Cario; que me va interesando su cuento—dijeron á una éste, Gabriel y Lola.

—Cuando suponía que debían haberse ido ya los pretendientes, allá me colaba con un pretexto cualquiera. Me vestía camisa con rasgadura y llamaba: «¿María, tienes hebra para este siete y risa que tengo aquí?» Á ella no le faltaba costura siempre: por eso solía hacerme subir y acompañarse de mí hasta horas muy avanzadas. Y á todo esto, pasaban noches y más noches...

»Y así volvían los mercados, y al volver los mercados volvía á salir con ella y á cargar los bultos y á sacar agua y á

pasar noches enteras cerca de ella cose que cose, y del volcán predicho, yo como un muerto. *¡Putris*, con hartura siempre de tiempo para mover la lengua, y siempre como un muerto, era para quemarse la sangre de uno!

»Y me abrasaba, y abrasado me salía á orearme á los campos cuajados de hierba con matalahugas olorosas y flores en panoja, frescas y con frondescencia. Porque ¿cómo no quemarse? Bueno que siendo feo ande uno en reparos y comedimientos; bueno que me canse y jorobe por darla gusto; bueno que se burlen los otros dando yo motivo; ¿pero también era bueno que todo esto siguiese adelante y á más andar, con mi tardanza me soplasen la dama y quedase yo con un palmo de narices burlado y vejado? Cierto, pensaba, que hubo y los había muchos que anduvieron en estas cosas si llegaron ó no llegaron. Pero esto no valía, ni bueno me parecía; y sobre que de todas maneras había de romper el fuego, mejor era romperlo antes con antes. Y dicho y hecho...

—¿Ya estamos en la mordedura?—volvía á insinuar enteramente trascordada doña Pupa.

—¿Se acerca ya, tío Cario?

—Todavía no hemos hecho la declaración formal y la porción de monadas que anteceden—apuntó riendo Lola, mandando seguir el discurso y aplicando feroces mordiscos en el antebrazo á Gabriel para darle idea más ó menos completa del próximo acontecimiento.

—Toc-toc. (Tío Cario y María en escena.)

—¿Quién hay?

—Yo, Cario, con el lío que me mandaste traer.

—Si no te he mandado traer nada, mala cabeza... Sube, que hay para rato.

»Subí. Ya cosiendo me puse tristón, concluyendo por ponerme las manos sobre la barba.

—¿Estás durmiendo?—me preguntó.

—No; sino que estoy triste, muy triste.

—¿Puedo saber yo esa tristeza?

—¡Si es una bicoca!...

—No importa.

—Pienso que si me lleva Dios las hermanas, voy á quedar muy solito y tengo que trabajar como un ganapán.

—Cario, tú me engañas. Tienes una cosilla por ahí... que no te atreves... Mira que se te va á pudrir si no lo echas fuera...

—Eso es obligarme, María. Y ya que me obligas, voy á revelártelo... Cuentan las historias que hubo un tal rey Salomón que era muy sabio. Pues bien; á este rey Salomón que era muy sabio, un día se le presentó un hombre, papagayo en mano para preguntarle si le viviría ó no viviría el papagayo... Aplicando el cuento, te pregunto también á ti, María, si mi papagayo, y quien dice papagayo, dice volcán, gusanillo y abrasamiento de entrañas por simpatías y quereres finos, te pregunto, repitó, si las antedichas finezas han de matarme ó no han de matarme.

—Si se trata del papagayo y le das de comer guayaba, por ejemplo, claro está que vivirá.

—María, tú te burlas. Mira que hablo formalmente.

»Al decir yo esto con la mayor tristeza del mundo, quedó muy pensativa largo rato. Y luego, ¡San!... un dolorazo tremendo que sentí por el dedo pulgar que me hizo ver las estrellas, fué la única contestación que me dió. ¡Y qué mordiscón aquél! Me dejó este dedo hinchado y negro como la olla; me mató la mitad del cuerpo, y estuve con el brazo tendido y haciendo horribles muecas poco menos de una hora. La mordedura acabó con su fortaleza, entregándome desde entonces las llaves de la ciudadela... Lo demás, se calla por sabido...»

Así acabó tío Cario su cuento, entre los plácemes de doña Pupa, Lola y Gabriel y *los hijos*, principalmente de la primera, la cual, más que desalojar y evacuar cierto elemento

del cuerpo, porque si no se moría de risa con tanto gesticulatorio y pantomima de tío Cario, que parecía tener el baile de San Vito, según se meneaba y se zarandeaba.

Por variar, y mandándolo doña Pupa, la *Pitimini* formaba parte de estas tertulias cantando danzas y aires populares. Aquellas eran tan melifluas y pegajosas unas veces que ponía melancólico al auditorio, y de un anhelar, otras, tan voluptuoso y desmayante, que le volvía desasosegado y febril. Mas si lo que *Pitimini* agitaba y repiqueteaba con labios y garganta eran aires populares, el efecto era maravilloso. Despertaba en el oyente dolor tan profundo como el lúgubre quejido de la brisa que zumba débilmente en el vardascal de los bambúes, ó un sentimiento tan amoroso como los besos de la virgen aura de Mayo á los níveos campuput y camantigues malayos, acatando simular, inspirada, reidor gorjeo de pájaros cantores que saben tejer, por dulce é indefinible manera, una melopea alegrante y jubilosa de armoniosas cantigas.

ÍNDICE

	Págs.
Anteportada	1
Portada	3
Nota sobre la tirada	4
Dedicatoria	5
En el río	7
Quod erat demonstrandum	11
Nolite tangere Christos meos	17
Roque Becerrito	25
Los huéspedes	33
Jira campestre	37
El chicuelo	45
Á uña de caballo	57
De una novela en preparación	65
Índice	71
Colofón	72

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE FORTANET

Libertad, 29

se imprimió este volumen
el doce de Junio
de 1909.